

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo, Y bendijo el día sétimo, y santificólo. Gen. Cap. II, v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

## DOMINICA 2.<sup>a</sup> DESPUES DE LA EPIFANIA

Vinum non habent.

JOAN., 2.

No tienen vino.

Habiendo asistido á unas bodas Jesús y su Madre, llegó á faltar el vino, y compadecida la Virgen de los afligidos esposos que sin duda eran pobres, dijo á Jesús: No tienen vino. Mandó el Salvador á los servidores del convite que llenasen de agua seis vasijas que allí habia dispuesta para las abluciones, y con solo su querer, convirtiése el agua en un vino tan excelente, tan sabroso y delicado que fué la admiracion del Maestresala y de todos los convidados.

¿Quién dará vino á tantos pecadores que han perdido la fuerza, la alegría y la salud de sus almas? No tienen el vino del

amor de Dios, y se abrasan de sed, y se consumen en la esterilidad y agonizan en las tinieblas y sombras del pecado, precursoras de los horrores sempiternos. El que no ama, está muerto; porque el amor divino es el principio de la vida.

La caridad es el camino por donde Dios viene á los hombres y por donde los hombres llegan á la posesion de Dios (1). Es un don sobrenatural que Dios infunde en nuestras almas, obrando en ellas una trasformacion prodigiosa, por cuya virtud pasamos de las tinieblas á la luz, de la servidumbre á la libertad, de la muerte á la vida, y adquirimos juntamente con esta vida la dignidad, la nobleza, la hermosura, los derechos y privilegios que lleva con-

(1) S. Aug. lib. de spirit et anima.

signo la filiación divina, fruto precioso de la caridad.

Hablemos, pues, de la caridad, y procuremos levantar un trono en todos los corazones á esta graciosa y nobilísima reina de todas las virtudes. Al efecto voy á ofrecer os una muestra de sus excelencias y de sus utilidades.

La caridad es la reina de todas las virtudes. Considera, dice San Agustín, cuánta será la excelencia de la caridad toda vez que donde ella reina, todo vive y prospera, donde ella no está, todo bien perece y todos los males se entronizan. *Ubi enim charitas adest, quod est quod deesse possit? Ubi veró deest; quid est quod ossit prodesse?*

Todas las virtudes necesitan para vivir, de la sávia de la caridad y sin ella, dice Santo Tomás se agostan como las flores sin rocío que las refresque y abra su capullo. *Este es mi mandato*, dice el Salvador; y comentando San Gregorio estas palabras, se expresa de esta manera tan profunda como elocuente: Llenas están las sagradas páginas de las leyes y preceptos que componen el sublime código de la moral evangélica. En qué consiste y como se explica la preferencia que dá el Señor al precepto de la caridad? Consiste en

que el amor es el compendio de toda virtud, en que la caridad es la plenitud de toda la ley, y así como todas las ramas del árbol nacen y viven de una misma raíz, del mismo modo todas las virtudes nacen y viven de la caridad. Las flores separadas de su tallo se marchitan, los ramos cortados del árbol se secan.

La caridad es la forma de las virtudes como que les da el ser, el precio, el mérito y la belleza en el orden sobrenatural. Aunque tengáis una fé tan grande que sea poderosa á trasladar montañas y allanar colinas, sino teneis caridad, nada sois. Aunque destribuyáis vuestras riquezas entre los pobres, sino teneis caridad, sino amáis á Dios, sino lo haceis á impulso del amor de Dios, nada sois, todo es perdido. Aunque el mundo celebre vuestras obras y os tenga por muy buenos, por muy honrados y rectos de corazón, sino teneis caridad, nada sois, todo es perdido. Porque ni la fé, ni la esperanza, ni la limosna, ni obra alguna tienen valor sobrenatural sino están animadas por la caridad.

La caridad nunca muere. *Charitas nunquam excidit.* (1) La fé y la esperanza espiran al borde del sepulcro y la caridad desple-

(1) 1.<sup>a</sup> Cor. 13.

gará sus alas para dilatarse y perfeccionarse en el seno de Dios. Amar á Dios eternamente, eso es lo que constituye la suprema dicha del hombre justo despues de la muerte. La vida eterna, dice San Buenaventura, no es otra cosa que la caridad consumada.

Como el oro entre los metales, como la rosa entre las flores, como el sol entre los astros, así descuella la caridad entre todas las virtudes. ¡Oh! si conociéramos bien el precio de esta virtud; si supiéramos estimar sus incomparables excelencias; si nos moviéramos á gustar sus dulzuras inefables y á poseer los tesoros que encierra, otra sería nuestra suerte temporal y eterna. ¿Quién puede explicar su maravillosa eficacia?

Abriendo la Santa Escritura, se ofrece á mi vista la promesa de una trasformacion verdaderamente prodigiosa que solo puede ser obra de la caridad. Dios es caridad, y el que permanece en caridad, en Dios vive y Dios en él. (1) El que me ama, dice Jesucristo, será amado por mi Padre, yo también le amaré, y vendremos á él, y haremos mansion en él. No hay grandeza, no hay poderío, no hay dicha, no hay glo-

ria comparable á la dicha y la gloria del que tiene la caridad porque tiene á Dios uno y trino que es todo bien, (1) á saber: la verdad infinita, la suprema bondad, la infinita hermosura y la eterna felicidad.

La caridad y el pecado son incompatibles, y allí donde arde este divino fuego, no queda sombra ni mancha de pecado, pues está escrito que la caridad no sólo cubre la muchedumbre de los pecados, (2) sino que adorna y embellece las almas con sobrenatural é incomprendible hermosura.

¡Oh santa y divina caridad, exclama S. Jerónimo: tú eres la consumacion de toda la ley, la suma de todos los preceptos, el vínculo de las almas, la llave de los tesoros divinos, y la puerta del paraíso. ¡Oh reina graciosa de todas las virtudes! exclama S. Agustin: tú eres el condimento de las costumbres, la suma de las buenas acciones, el flu de los divinos preceptos, la muerte de los vicios, la vida de las virtudes! la virtud de los combatientes, la palma de los vencedores, la causa de los méritos, la recompensa de los perfectos, y la gloria de los elegidos.

(1) Exod. 33.

(2) 1.ª Petri, 4.

(1) Joan. 4.

¡Dichosos los que se embriagan con este vino de la caridad! Porque todas las cosas cooperan á su bien. (1) Desventurados los que no aman á Dios ni á su prójimo por Dios! *Non habent, vinum.* No tienen el vino del amor; parece que viven, y están muertos. ¿Qué será del avaro, del soberbio, del blasfemo, del envidioso, del lascivo, y de toda esa turba de insensatos, amadores de sí mismos, de la vanidad y de la mentira mas que de Dios?

Dos pecados cometen y dos males atraen sobre sus cabezas: aman lo que debían aborrecer y aborrecen lo que debían amar; aborrecen la virtud y los goces de la virtud, y aman el vicio y los deleites del vicio; abandonan á Dios que es fuente de aguas vivas y se cavan cisternas disipadas que solo contienen aguas turbias y ponzoñosas. Pues no gustarán la copa de la verdadera felicidad. No hay paz, no hay alegría, no hay dichas para los pecadores obstinados, para los que rechazan el vino del amor, y el pan de la vida, para los que tienen ojos y no quieren ver, entendimiento y no quieren entender, corazón y no quieren amar, pues no quieren ver, ni entender que fuera del amor de Dios y la

observancia de sus preceptos no encontrarán mas que angustias de espíritu con remate de confusión; no quieren ver, ni entender que despues de una vida de pecados y malas obras, les espera una eternidad de castigos, de amarguras y horrores sempiternos.

Amad vosotros á Dios que es el único bien, digno de ser amado. Si no teneis el vino del amor, sino arde en vuestro corazón la llama de la caridad; si habeis perdido la amistad de Dios, pedid y recibireis, pedid ese don, ese tesoro al Salvador por conducto de su Santísima Madre, y al punto obrará un milagro en vuestro corazón. No tienen vino estos hijos de nuestras entrañas, dirá la Señora. Y movido de compasión por las súplicas de su Madre, con tal que las vasijas de nuestros corazones estén llenas de las aguas de la compunción, obrará Jesús el prodigio de convertir esas aguas amargas en vino delicioso; el prodigio de convertir nuestras tinieblas en resplandores, nuestras tritezas en alegrías, nuestras penas en placeres, nuestras frialdades en llamas, nuestros desvios en rendimientos, nuestros desdenes en amores; y embriagados con este vino prodigioso del divino amor,

(1) ad Rom. 8.

emprenderemos diligentes y animosos el camino del cielo, donde está nuestra eterna ventura, Amen.

### LA FOSFORERITA.

CUENTO DE NAVIDAD.

¡Cuanto frío hacia! La noche se acercaba nevando; era la noche de Navidad, la noche más alegre del año. Transida de frío y vacilando en la oscuridad, una niña atravesaba las calles con la cabeza y los pies desnudos. Al salir de su casa llevaba zapatos, pero poco tiempo pudo conservarlos; eran unos zapatos viejos de su madre, y le estaban á la pobre niña tan grandes, que uno se le salió del pié al evitar el encuentro de dos coches que amenazaron atropellarla, y el otro fué presa de un pillete que se lo cogió, diciendo «que pensaba hacer de él una fragata, en la que se embarcaría para ir á la Habana á buscar fortuna.»

Iba descalza la niña tropezando en las piedras sus piecitos rojos y amoratados por el frío; llevaba pendiente del cuello por un cordelillo, un cajón viejo de cigarros lleno de cajas de fósforos, una de las cuales alargaba en vano con manita suplicante á cuantos pasaban. ¡Qué día tan

malo! ¡en todo él no había ganado un ochavo! ¡y tenía hambre, tenía frío! ¡Pobrecita daba pena verla! los copos de nieve cubrían sus largos cabellos rubios, gentilmente rizados al rededor del cuello. ¿Pensaba la niña en sus rizos rubios? ni siquiera se acordaba de ellos. Brillaban las luces en los balcones y en las ventanas; el humo oloroso de las cocinas salía de las casas á la calle: era *la noche de Navidad*; en esto era en lo que pensaba la niña.

Al llegar á un ángulo formado por dos casas, sentóse en el suelo rendida de pena y de cansancio, y dejó caer la cabeza sobre el pecho. El frío le entumecía las piernas y no se atrevía á volver á su casa, porque su padre le pegaría el verla volver sin un maravedí siquiera. Además ¿no hacia en su casa tanto frío como en la calle? Vivía con su familia en la boardilla de una casa vieja; el viento la azotaba y penetraba por sus paredes cuarteadas, por más que había procurado su padre tapar las grietas con trapos y paja.

No podía mover sus manos muertas de frío. ¡Ay! ¡Cuánto bien podría hacerle un fosforito! ¡Si se atreviese á sacar uno de la caja, á frotarlo en la pared y á calentarse con él los dedos! Sacó

uno y ¡*ritch!* ¡Como brilla! ¡Despedía una llama tan clara y tan caliente al cubrirlo la pobrecita con su mano! ¡Que luz tan extraña! Le pareció á la niña que estaba sentada delante de un gran brasero de metal reluciente, colocado en una tarima de madera bruñida, en el que ardía copioso fuego que daba un calor tan rico! Mas ¿que es esto? La niña pone sobre la tarima sus piés para calentarlos, y se apaga la luz, y el brasero desaparece, y ella se ve sentada en un rincón de la calle, con el cabito del fósforo consumido en la mano.

Restregó contra la caja otro fósforo, que ardió y brilló como el primero, y al dar su luz en la pared la hizo trasparente como si fuera de gasa. La niña pudo ver entonces dentro de la casa un gran comedor, en el que habia una mesa deslumbrante por el blanco mantel, las finas porcelanas y los cristales que la cubrian: humeaban en ella rica sopa de almendra, un pavo relleno y diversos pescados, alternando con muchos dulces y frutas. ¡Oh sorpresa! ¡oh ventura! De repente el pavo con el trinchante y el cuchillo clavados en la pechuga, salta de la mesa al suelo y viene rodando á los piés de la niña. Pero la luz se apaga, y la pobre-

cita se encuentra sola en la calle delante de la pared opaca y fria.

Encendió un tercer fósforo, y vió de repente al alcance de su mano un precioso nacimiento. Era mucho mas rico y mas grande que el de los señoritos del cuarto principal de su casa, que habia visto preparar desde una ventana de la escalera al bajarla por la mañana. ¡Qué bonito era el nacimiento! Estaba iluminado por mas de cien velitas: habia en él casitas de carton pintado, yerbas y árboles de papel tan verdes como los del campo, rios de pedacitos de espejos, cascadas de hilillo de plata, y mil figuritas de barro pintado, entre las que sobresalian el Niño Jesús, la Virgen Maria y San José, que parecian mirar á la niña sonriendo. La niña llena de gozo levantó en alto sus manos, se apagó el fósforo, y las velitas del nacimiento empezaron á subir, á subir... y entonces la niña notó que aquellas velitas no eran otra cosa que las estrellas del cielo. Una de ellas, desprendida de su centro cruzó por delante de las otras, dejando en pos de sí un largo surco de fuego.

«Alguien se muere,» exclamó la pequeñita, porque su abuela, única persona que habia sido con ella cariñosa, y que ya estaba

muerta, le decía con frecuencia: «Cuando una estrella atraviesa el cielo, es porque el alma de algún cristiano va á ver á *Padre Dios.*»

Dió fuego á otro fósforo, que produjo una luz vivísima y muy grande, en medio de la cual estaba la abuela de pié con un aspecto ¡tan dulce tan radiante!

«¡Abuelita, exclamó la niña, llévame contigo! ¡Cuando este fósforo se apague ya no podré verte! ¡Desaparecerás como el brasero, como la rica cena y como el precioso nacimiento!»

Encendió rápidamente el resto de la caja de fósforos, temerosa de que con la luz huyese su abuela, y los fósforos esparcieron unos resplandores tan brillantes como los del sol. Nunca le había parecido á la niña su abuela tan alta ni tan hermosa. Extendió los brazos á ella, que la recogió en los suyos, y ambas rodeadas de luz comenzaron á subir, tan alto, tan alto, que allí no había frío, ni hambre, ni angustias: ¡estaban ya en la casa de *Padre Dios!*

El viento helado de la mañana agitó los rizos rubios de la pobre niña, que permanecía sentada en el rincón que formaban las dos casas, tenía las mejillas amoratadas, y sus labios son-

reían.. ¡Allí está muerta, muerta de frío y de hambre, en la *Noche de Navidad!* El sol del primer día de Pascuas alumbró el cadáver de la pobrecita, que conservaba en la falda sus cajas de fósforos, de las que había consumido una por completo. «Habrás querido calentarse,» dijo al reparar en esto alguno que pasaba. Nadie supo cuántas cosas bonitas había ella visto en la noche de Navidad, ni con cuánto esplendor y alegría celebraba en el cielo, acompañada de su abuelita, el primer día de Pascuas.

*Andersen.*

---

## ¡AVE MARIA!

### LEYENDA BRETONA.

Hacia el año 1315, vivía en la diócesis de Lyon un pobre niño inocente que se llamaba Salaún.

Creció el niño, y le gustaba la soledad, y escogía para vivir un bosque, distante media legua de la ciudad de Lesneven. En este bosque brotaba una hermosa fuente rodeada de verde cesped.

Allí, solitario, cantaba Sa<sup>l</sup> aún las alabanzas de la Virgen, á la cual, despues de Dios, había él consagrado su corazón.

Cantaba Salaún con la alondra al romper el alba; ¡Ave Maria! Cantaba de noche, como el gracioso ruiseñor, posado sobre la

espinas de la austeridad: ¡Ave María!

Vestido pobremente, y siempre descalzo, su cama en el bosque era el suelo, su almohada una piedra, su techo un árbol cerca de la fuente.

Iba todos los días á mendigar su pan por la ciudad de Lesneven, ó á sus alrededores, no importunando á nadie por las puertas más que con estas palabras: «¡Ave María, Salaún pan Coméria!»

Tomaba lo que le daban, volvía muy contento á su ermita, cercana á la fuente; en esta remojaba sus pedazos de pan, y los sazónaba diciendo: ¡Ave María!

En lo más riguroso del invierno; se metía en el agua hasta el cuello, como hermoso cisne en un estanque, y repetía siempre y por todas partes: ¡Ave María!

Cuando helaba muy fuerte, se subía en un árbol, y agarrando dos ramas con ambas manos, se mecía y daba vueltas en el aire cantando: ¡Ave María! Y de este modo calentaba Salaún su pobre cuerpo. Y por esto le llamaban el loco. Y, sin embargo, era uno de los pajes más queridos de la Reina de los cielos.

—¿Quién vive:—gritaron unos soldados que recorrían el campo.

—No soy ni de Blois ni de Monfort, soy servidor de la Virgen María, y ¡Viva María!

—Pobre loco,—dijeron unos y se burlaron.

—Mas sábio que nosotros,—dijeron otros, y se fueron.

Siguió esta manera de vivir treinta y nueve ó cuarenta años, sin haber ofendido nunca á nadie.

Al fin cayó enfermo, y no quiso por esto cambiar de morada.

Dícese que la Santísima Virgen, que no falta nunca á sus fieles servidores, le consoló y le recreó maravillosamente con amables visitas, apareciéndosele rodeada de multitud de ángeles.

Nuestro pobre Salaún, viendo que se acercaba su fin, hizo resonar el eco de su voz, como blanda tórtola, para marcar que el invierno de su vida había pasado.

Muriéndose, su último aliento cantó: ¡Ave María!

Después entregó á Dios su alma pura é inocente. Su rostro, en vida demacrado por la pobreza, apareció tan hermoso y brillante, que disputaba el candor á la azucena y el carmin á la rosa.

Le encontraron muerto cerca de la fuente, próximo al tronco del árbol que había sido su morada; y le enterraron los vecinos sin ruido y sin aparato en este mismo sitio.

Y se vió una hermosa azucena fresca, odorífera que nació milagrosamente sobre su sepulcro, y en las hojas escritas con letras de oro estas dos palabras: ¡Ave María!

Así recompensó María el amor de su humilde siervo.

(Boletín mensual del Corazón de María).